

Paris al cardenal de Latil, poniendo á su disposicion el palacio de la embajada, y le vuelvo á escribir aun á diferentes puntos de su camino para renovar mis ofrecimientos.

»Siento verme obligado á deciros, señor conde, que noto aquí algunas pequeñas intrigas para alejar á nuestros cardenales de la embajada, y alojarlos en donde puedan estar mas al alcance de las influencias que se espera ejercer sobre ellos.

»Por lo que á mí toca, eso me es del todo indiferente: yo haré á los cardenales todos los servicios que estén en mi mano. Si me preguntan sobre cosas que es bueno conocer, les diré lo que sé; si me trasmisís para ellos órdenes del rey, se las comunicaré; pero si llegasen aquí en un espíritu hostil á las miras del gobierno de S. M.; si se trasluce que no caminan de acuerdo con el embajador del rey; si tuviesen un lenguaje contrario al mio; si llegasen á dar sus votos en el cónclave á algun hombre exagerado; si estuviesen divididos entre sí, no habria cosa mas funesta. Mas valdria para el servicio del rey que yo diese mi dimision inmediatamente, que ofrecer ese espectáculo público de nuestras discordias. El Austria y la España tienen, con respecto á su clero, una conducta que no deja campo á la intriga. Todo eclesiástico, cardenal ú obispo austriaco ó español, no puede tener otro agente ni corresponsal en Roma que el embajador mismo de su corte: este tiene el derecho de hacer salir de Roma á todo eclesiástico de su nacion que le suscitase obstáculos.

»Espero, señor conde, que no habrá division ninguna; que los cardenales tendrán la orden formal de someterse á las instrucciones que no tardaré en recibir de vos; que sabré cual de ellos será el encargado de ejercer la exclusion, en caso necesario, y quiénes los comprendidos en esa exclusion.

»Es muy necesario estar sobre aviso: los últimos escrutinios han anunciado el renacimiento de un partido. Este partido, que ha dado de veinte á veinte y un votos á los cardenales de la Marmora y Pédicini, forma lo que se llama la faccion de Cerdeña. Los otros cardenales asustados quieren dar todos sus sufragios á Opizzoni, hombre enérgico y moderado á la vez. Aunque austriaco; es decir, milanés, se ha tenido firme con el Austria en Bolonia. Esta seria una eleccion excelente. Los votos de los cardenales franceses podrian, fijándose en uno ú otro candidato, decidir la eleccion. Con razon ó sin ella se cree á esos cardenales enemigos del sistema actual del gobierno del rey, y la faccion de Cerdeña cuenta con ellos.

»Tengo el honor, etc.»

A. Mad. Recamier.

«Roma 3 de marzo de 1829.

»Me sorprendeis en la historia de mi excavacion: no recordaba haberos escrito nada tan bueno sobre el particular. Estoy, como lo presumís, sumamente ocupado: hallándome sin direccion ni instrucciones, me veo obligado á tomar todo sobre mí. Creo, no obstante, que puedo prometerme un papa moderado é ilustrado. Quiera Dios que sea nombrado al espirar la interinidad del ministerio de Mr. de Portalis.»

«4 de marzo.

»Ayer, miércoles de ceniza, me hallaba solo de rodillas en la iglesia de Santa-Croce, que descansa sobre las murallas de Roma cerca de la puerta de Nápoles. Oia el cántico monotonó y lúgubre de los religiosos en el interior de aquella sociedad, y hubiera querido tambien estar cubierto de un saco y cantar entre aquellas ruinas. ¡Qué sitio para dejar en paz la ambicion y contemplar las vanidades de la tierra!

No es hablo de mi salud, porque esto es altamente fastidioso. Mientras que yo padezco, me dicen que Mr. de la Ferronnays se cura, hace excursiones á caballo, y su convalecencia pasa en el pais por un milagro: quiera Dios que así sea y vuelva á tomar la cartera acabando la interinidad. ¡Cuántas cuestiones cortaria esto para mí!

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«15 de marzo de 1829.

»Señor conde: he tenido el honor de avisaros la llegada sucesiva de los cardenales franceses. Tres de ellos, MM. de Latil, de Lafare y de Croi me han hecho el honor de apearse en mi casa. El primero entró en cónclave en la tarde del jueves 12 con el señor cardenal Iscard: los otros dos se encerraron en la tarde del viernes 13.

»Les he participado todo cuanto sabia y comunicado notas importantes sobre la minoría y la mayoría del cónclave y sobre los sentimientos de que se hallan animados los diferentes partidos. Hemos convenido en que apoyarian á los candidatos de que ya os he hablado; á saber: los cardenales Cappellaris Opizzoni, Benvenuti, Zurla, Castiglione, y en fin, Pacca y de Gregorio; y rechazarian á los cardenales de la faccion sarda, Pedicini, Giustiniani, Galeffi y Cristaldi.

»Espero que esa buena inteligencia entre los embajadores y cardenales producirá el mejor efecto: á lo menos nada tendré que echarme en cara, si pasiones ó intereses viniesen á frustrar mis esperanzas.

»He descubierto, señor conde, despreciables y peligrosas intrigas manejadas de París á Roma por conducto del nuncio, señor Lambruscini. Tratábase nada menos que de hacer leer en pleno cónclave la copia de supuestas instrucciones secretas, divididas en muchos artículos, y dadas, á lo que se aseguraba con la mayor impudencia, al cardenal Latil. La mayoría del cónclave se ha pronunciado fuertemente contra semejantes maquinaciones, y hubiera querido que se escribiese al nuncio que se rompiera toda clase de relaciones con esos hombres de discordia, que, perturbando la Francia, concluirian por hacer odiosa á todos la religion católica. Estoy haciendo, señor conde, una coleccion de esas revelaciones auténticas, y os la enviaré despues del nombramiento del papa: esto valdrá mas que todos los despachos del mundo. El rey aprenderá á conocer sus amigos y sus enemigos, y el gobierno podrá apoyarse sobre hechos propios para dirigirle en su marcha.

»Vuestro despacho número 14 me ha dado conocimiento de las usurpaciones que el nuncio de Su Santidad ha querido renovar en Francia con motivo de la muerte de Leon XII. Lo mismo sucedió cuando era yo ministro de Negocios Extranjeros, á la muerte de Pio VII: afortunadamente hay siempre medios para defenderse de esos ataques públicos: mas difícil es librarse de las tramas urdidas en las tinieblas.

»Los conclavistas que acompañan á nuestros cardenales me han parecido hombres de razon: únicamente el abate Coudrin, de quien me habeis hablado, es uno de esos espíritus compactos y estrechos, en los que nada puede entrar; uno de esos hombres que se han equivocado de profesion. No ignorais que es fraile, gefe de la orden, y que hasta tiene bulas de institucion: esto no se aviene bien con nuestras leyes civiles y nuestras instituciones políticas.

»Podria suceder que el papa fuese elegido á fin de esta semana. Pero si los cardenales franceses dejan frustrado el primer efecto de su presencia, será imposible señalar un término al cónclave. Nuevas combinaciones producirian quizá un nombramiento

inesperado, y tal vez para concluir se arreglen con cualquier cardenal insignificante, tal como Dandini.

»Me he encontrado, señor conde, en otro tiempo en circunstancias difíciles, ya como embajador en Londres, ya como ministro durante la guerra de España, ya como miembro de la cámara de los Pares, ya como gefe de la oposicion; pero nada me ha dado tanto cuidado ni tanta inquietud como mi posicion actual en medio de todos los géneros de intrigas. Necesito ejercer mi accion sobre un cuerpo invisible, encerrado en una prision cuyas avenidas se hallan estrictamente guardadas. No tengo ni dinero que dar, ni destino que prometer: las pasiones caducas de una cincuentena de viejos no me ofrecen puntos vulnerables que atacar. Tengo que combatir la necesidad en unos, la ignorancia del siglo en otros, el fanatismo en estos, la astucia y la doblez en aquellos: en casi todos, la ambicion, los intereses, los odios políticos, y estoy separado por paredes y por misterios de la asamblea en que fermentan tantos elementos de division. A cada momento varia la escena, cada cuarto de hora vienen noticias contradictorias á sumergirme en nuevas perplejidades. No es por darme importancia, señor conde, por lo que os hablo de estas dificultades, sino para que me sirva de excusa en el caso de que la eleccion dé por resultado un papa contrario á lo que parece prometer y á la naturaleza de nuestros deseos. A la muerte de Pio VII las cuestiones religiosas no habian agitado aun la oposicion; estas cuestiones han venido á mezclarse hoy á la política, y nunca ha podido venir en peor ocasion la eleccion de gefe de la Iglesia.

»Tengo el honor etc.»

A. Mad. Recamier.

«Roma 17 de marzo de 1829.

»El rey de Baviera ha venido á verme de frac. Hemos hablado de vos. Ese soberano griego, al llevar una corona, parece saber lo que tiene sobre su cabeza, y comprender que no se clava el tiempo á lo pasado. Come en mi mesa este jueves y no quiere á nadie.

»Por lo demás, nos hallamos en medio de grandes acontecimientos: hay que hacer un papa. ¿Qué será? ¿Pasará la emancipacion de los católicos? En Oriente una nueva campaña: ¿de parte de quién estará la victoria? ¿Nos aprovecharemos de esa posicion? ¿Quién dirigirá nuestros asuntos? ¿Hay alguna cabeza capaz de comprender todo lo que se encierra en eso para la Francia y aprovecharlo segun los sucesos? Estoy persuadido de que ni siquiera se piensa en ello en París, y que entre los salones y las cámaras, los placeres y las leyes, los gozes del mundo y las inquietudes ministeriales, nadie se ocupa de Europa. No hay mas que yo que en mi destierro tenga tiempo de pensar profundamente y mirar á mi alrededor. Ayer fui á pasearme con una especie de tempestad por el antiguo camino de Tívoli. He llegado al antiguo suelo romano, tan bien conservado, que no parece sino que se ha hecho de nuevo. Sin embargo, Horacio habia pisado las piedras que yo pisaba ¿donde está Horacio?

EL MARQUÉS CAPPONI.

El marqués Capponi, al llegar de Florencia, me trajo cartas de recomendacion de sus amigos de París. Respondí á una de aquellas cartas el 21 de marzo de 1829:

»He recibido vuestras dos cartas: los servicios que puedo prestar son muy cortos, pero estoy enteramente á vuestras órdenes. No sé lo que habrá sido

del marqués Capponi; pero os anuncio que está galarido y se ha sostenido bien contra los años. No he contestado á vuestra primera carta llena de entusiasmo por el sublime Mahamud y por la barbarie disciplinada, por esos esclavos apaleados convertidos en soldados. Que las mujeres profesen grande admiracion á hombres que se casan á la vez con centenares de ellas, y que tomen eso por un progreso de las luces y de la civilizacion, lo concibo; pero yo me atengo á mis pobres griegos, y quiero su libertad como la de Francia: quiero tambien fronteras que protejan á París, que aseguren nuestra independencia, y no es con la triple alianza del palo de Constantinopla, el cuchillo de Viena y las puñadas de Londres con lo que tendreis la orilla del Rhin. Gracias por la pellica de honor que nuestra gloria podria obtener del invencible gefe de los creyentes, que no ha salido aun de los barrios del serrallo. Mas quiero esa gloria enteramente desnuda: es mujer y hermosa: Firdias se hubiera guardado bien de ponerle una bata turca.»

A. Mad. Recamier.

«Roma 21 de marzo de 1829.

»¡Tengo razon contra vos! Ayer fui, entre dos escrutinios y en tanto que hubiese papa, á San Onofre; son dos naranjos los que hay en el claustro, y no una encina verde. Estoy muy orgulloso con esa fidelidad de mi memoria. He corrido casi con los ojos cerrados á la pequeña piedra que oculta á vuestro amigo: la quiero mas que al gran sepulcro que se le va á erigir. ¡Qué encantadora soledad! ¡Qué vista tan admirable! ¡Qué felicidad la de reposar allí entre los frescos del Dominicano y los de Leonardo de Vinci! Quisiera yo estar allí: nunca me he sentido con mayores tentaciones. ¿Os han dejado entrar en el interior del convento? ¿Habeis visto en un largo corredor aquella cabeza admirable, aunque medio borrada, de una madona de Leonardo de Vinci? ¿Habeis visto en la biblioteca la careta del Tasso, su corona de laurel marchita, un espejo de que se servia, su tintero, su pluma y la carta escrita de su puño, pegada á una tabla colgada debajo de su busto? En esa carta, de una letra menuda y con tachones, pero fácil de leer, habla de amistad y del viento de la fortuna: esté no habia soplado hácia él, y la amistad le faltó con frecuencia.

»No hay papa aun, y le aguardamos de hora en hora; pero si la eleccion se ha retrasado; si de todas partes han surgido obstáculos, no es mia la culpa: hubiera sido preciso haberme escuchado un poco mas, y no obrar precisamente en sentido contrario de lo que parecia desearse. Por lo demás, ahora se me figura que todo el mundo quiere estar en paz conmigo. El mismo cardenal Clermont-Tonnerre acaba de escribirme reclamando mis antiguas bondades hácia él, y despues de todo eso, baja de mi casa resuelto á votar por el papa mas moderado.

»Habeis leído mi segundo discurso. Dad las gracias á Mr. Keratri, que ha hablado con tanto encomio del primero: espero que aun quedará mas contento del último. Procuraremos ambos hacer á la libertad cristiana, y lo conseguiremos. ¿Qué decís de la respuesta que me dió el cardenal Castiglione? ¿Estoy bastante elogiado en pleno cónclave? No habriais hablado vos mejor en vuestros dias de mimo.»

«24 de marzo de 1829.

»Si hubiese de dar crédito á los rumores de Roma, tendríamos papa mañana; pero estoy en un momento de desaliento, y no quiero creer en semejante dicha. Ya comprenderéis que esta felicidad no es la felicidad política, la alegría de un triunfo, sino la felici-

dad de quedar libre y estar á vuestro lado. Cuando os hablo tanto del cónclave, estoy como las personas que tienen una idea fija y creen que el mundo no se ocupa mas que de esa idea; y sin embargo, en París, ¿quién piensa en el cónclave, quién se ocupa de papa ni demás tribulaciones? La ligereza francesa, los intereses del momento, las discusiones de las Cámaras, las ambiciones conmovidas, tienen otras cosas que hacer. Cuando el duque de Laval me escribía también sus cuidados acerca de su cónclave, preocupado como estaba yo con la guerra de España, decía al recibir sus despachos: — ¡Ay, buen Dios: para tratar de eso estamos! Mr. de Portalis debe hoy hacerme sufrir la pena del talión. Hay que confesar, no obstante, que las cosas en aquella época no estaban como hoy día: las ideas religiosas no se hallaban mezcladas á las ideas políticas, como están ahora en toda Europa: la cuestión no estaba allí; el nombramiento de un papa no podía, como ahora, turbar ó calmar los Estados.

»Desde la carta que me anunciaba la próroga de la licencia de Mr. de La Ferronnays y su partida á Roma, nada he sabido, y creo, sin embargo, cierta la noticia.

»Mr. Tierry me ha escrito desde Hyeres una carta interesante: dícame que se muere, y quiere un puesto en la Academia de las Inscripciones, para lo cual me pide que escriba á su favor. Mi excavación continúa dándome sarcófagos: la muerte no puede dar sino lo que tiene. El monumento del Poussino adelantará: será noble y elegante. No podeis figuraros lo bien que se acomoda á un bajo relieve el cuadro de los pastores de Arcadia, y lo adecuado que es á la escultura.»

«28 de marzo.

»El cardenal de Clermont-Tonnere, que se apeó en mi casa, entra hoy en el cónclave; este es el siglo de las maravillas. Tengo á mi lado al hijo del mariscal Lannes y al nieto del canceller; los señores de *El Constitucional* corren á mi mesa al lado de los de *La Cuotidiana*. Esa es la ventaja de ser uno sincero: yo dejo á cada cual que piense como quiera, con tal de que me concedan la misma libertad, únicamente procuro que mi opinión tenga la mayoría, porque la encuentro, como es natural, mejor que las demás. A esa sinceridad es á lo que atribuyo la inclinación que tienen las opiniones mas divergentes á acercarse á mí; ejerzo con ellas el derecho de asilo, y no se las puede prender bajo mi techo.»

AL DUQUE DE BLACAS.

«Roma 24 de marzo de 1829.

»Siento mucho, señor duque, que una frase de mi carta haya podido causaros alguna inquietud. No tengo absolutamente nada por qué quejarme de un hombre de juicio y de talento (Mr. Fuscaldo), que no me ha dicho mas que lugares comunes de diplomacia. Nosotros los embajadores, ¿decimos acaso otra cosa? En cuanto al cardenal de quien me haceis el honor de hablarme, el gobierno francés no ha designado particularmente á nadie, remitiéndose enteramente á lo que yo le he dicho. Siete ú ocho cardenales moderados ó pacíficos que parecen reunir igualmente las simpatías de todas las córtes, son los candidatos entre quienes deseamos ver fijarse los sufragios. Pero si no tenemos la pretension de imponer una elección á la mayoría del cónclave, rechazamos con todas nuestras fuerzas y por todos los medios tres ó cuatro cardenales fanáticos, intrigantes ó incapaces á quienes apoya la minoría.

»No tengo, señor duque, ningun medio posible

para hacer llegar á vos esta carta: de consiguiente me contento con enviarla por el correo, porque nada contiene que vos y yo no podamos reconocer públicamente.

»Tengo el honor, etc.»

A Mad. Recamier,

«Roma 31 de marzo.

»Ha llegado Mr. de Montebello, y me ha traído vuestra carta, con otras de Mr. Bertin y de Mr. Villemain.

»Mis excavaciones van bien: hallo una porción de sarcófagos vacíos, y podré elegir uno para mí, sin que mis cenizas se vean precisadas á arrojar las de los antiguos cadáveres, que el viento se ha llevado ya. Los sepulcros desocupados ofrecen el espectáculo de una insurrección, y sin embargo, no atestiguan sino una muerte mas profunda. No es la vida, sino la nada, la que ha dejado desiertos esos sepulcros.

»Para terminar mi pequeño diario del momento, os diré que antes de ayer subí á la bola de San Pedro, durante una tempestad. No podeis figuraros el efecto del ruido del viento en medio del cielo alrededor de aquella cúpula de Miguel Angel y encima de ese templo de los cristianos que anonada á la antigua Roma.»

A Mad. Recamier.

«31 de marzo por la noche.

» ¡Victoria! Tengo uno de los papas á quienes tenía puestos en lista: es Castiglione, el mismo cardenal á quien apoyaba para el pontificado en 1825, cuando yo era ministro, el que me contestó últimamente en el cónclave de 1829 prodigándome *infinitos elogios*. Castiglione es moderado y adicto á la Francia; ha sido un triunfo completo. El cónclave, antes de separarse, ha mandado escribir al nuncio á París para manifestarle que exprese al rey la satisfacción que al Sacro Colegio había merecido mi conducta. Ya he enviado yo la noticia por el telégrafo. El prefecto del Ródano es el conducto intermedio de esta correspondencia aérea, y ese prefecto es Mr. Brosses, hijo del conde de Brosses, el ligero viajero en Roma citado frecuentemente en las notas que reuno al escribros. El correo que os lleve esta carta lleva también mi despacho á Mr. de Portalis.

» ¿Cuándo no me ocuparé mas que en terminar las memorias de mi vida, y mi vida también, como última página de mis *Memorias*? Mucho lo necesito: estoy muy cansado: el peso de los días aumenta, y se hace sentir sobre mi cabeza: quiero engañarme llamándolo un *reumatismo*; pero no se cura de este. Una frase me sostiene cuando la repito: *hasta muy pronto*.»

«5 de abril.

»Olvidaba deciros que habiéndose portado muy bien el cardenal Fesch en el cónclave, y habiendo votado con nuestros cardenales, ha salvado la valla, y le he invitado á comer. El cardenal no ha aceptado, manifestándomelo en un billete muy córtés.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 2 de abril de 1829.

»Señor conde: El cardenal Albani ha sido nombrado secretario de Estado, como tuve el honor de manifestaros en mi primera carta, llevada á Lyon por el correo á caballo despachado en la tarde del 31 de marzo. El nuevo ministro no gusta ni á la facción sarda, ni á la mayoría del Sacro Colegio, ni aun al Austria, porque es violento, anti-jesuita, rudo en su aspecto, lé

taliano antes que todo. El cardenal Albani, rico y excesivamente avaro, se halla mezclado en toda especie de empresas y especulaciones. Ayer fuí á hacerle mi primera visita: así que me vió, exclamó:—«Estoy hecho un cochino (estaba en efecto muy sucio). Ya vereis que no soy un enemigo.» Os trasmito, señor conde, sus propias palabras. Respondíle que estaba muy lejos de mirarle como enemigo.—«A vosotros, repuso, os falta agua y no fuego. ¿No conozco acaso vuestro país? ¿No he vivido en Francia? (Habla efectivamente en francés como un francés) ¿Estareis contento, y vuestro amo también? ¿Cómo está el rey? Buenos días. Vamos á San Pedro.»

»Eran las ocho de la mañana: yo había visto ya á Su Santidad, y todo Roma acudía á la ceremonia de la adoración.

»El cardenal Albani es hombre de talento, falso por carácter y franco por su genio, su violencia desemmascara su astucia, y puede sacarse partido de él lisonjeando su orgullo y satisfaciendo su avaricia.

»Pío VIII es muy sabio; especialmente en materia de teología: habla el francés, pero con menos facilidad y gracia que Leon XII: tiene el lado derecho atacado de una semi-paralisis y padece de convulsiones; el supremo poder le curará. Será coronado el domingo próximo, día de pasión, 5 de abril.

»Ya, señor conde, que el principal asunto que me detenía en Roma se halla terminado, os agradecería infinito que me obtuviérais de la bondad de S. M. una licencia de algunos meses. No haré uso de ella hasta despues de haber puesto en manos del papa la carta en que el rey conteste á la que Pío VIII le ha escrito: va á escribirse para anunciarle su elevación á la silla de San Pedro. Permittedme que solicite de nuevo en favor de mis dos secretarios de legación, Mr. Belloig y Mr. de Givré, las gracias que os he pedido para ellos.

«Tengo el honor etc.»

CARTA AL CARDENAL MONSEÑOR DE CLEMONT-TONNERRE.

«Roma 28 de marzo de 1829.

»Monseñor: No pudiendo ya entrar en comunicación con vuestros colegas los cardenales franceses, encerrados en el palacio de Monte-Cavallo; viéndome obligado á preverlo todo en ventaja del servicio del rey y en interés de nuestro país, y sabiendo cuántos nombramientos inesperados han tenido lugar en los cónclaves, me hallo con sentimiento en la desagradable necesidad de confiar á vuestra eminencia una exclusión eventual.

»Aunque el cardenal Albani no parecía tener ninguna probabilidad, no deja de ser por eso un hombre de capacidad, en quien si la lucha se prolonga, pudiera ponerse los ojos; pero es el cardenal encargado en el cónclave de las instrucciones del Austria: el conde de Lutzow en su discurso le ha designado ya oficialmente con este carácter. Ahora bien: es imposible dejar que sea elevado á la silla pontificia un cardenal que pertenezca abiertamente á una corona, lo mismo la de Francia que cualquiera otra.

»En su consecuencia, monseñor, os encargo, en virtud de mis plenos poderes, como embajador de S. M. C., y tomando sobre mí solo toda la responsabilidad, que deis la exclusión al cardenal Albani, si por un evento fortuito ó por una combinación secreta llegase á obtener la mayoría de los sufragios.

«Soy etc. etc.»

Esta carta de exclusión confiada á un cardenal por un embajador que no estaba autorizado para ello formalmente, es una temeridad en diplomacia: era eso para hacer estremecer á todos los hombres de Estado á domicilio, á todos los gefes de sección, á todos los primeros escribientes, á todos los copistas del minis-

terio de Negocios Extranjeros; pero ya que el ministro ignoraba sus atribuciones hasta el punto de no pensar siquiera en el caso eventual de exclusión, me era forzoso pensar en ello por él. Supóngase que Albani hubiese sido elegido papa por casualidad; ¿qué habria sido de mí? Me habria perdido para siempre como hombre político.

Digo esto, no por mí, que me cuido poco de la reputación de hombre político, sino para la generación futura de los escritores á quienes se haría gran ruido con mi accidente y que expiarían mi desgracia á expensas de su carrera, como se dan azotes al menino cuando el señor delfin comete alguna torpeza. Pero no habria que admirar demasiado mi previsora osadía al tomar sobre mi responsabilidad la carta de exclusión: lo que parece un mundo, calculado por la corta escala de sus añejas ideas diplomáticas, no era nada en realidad en el orden actual de la sociedad. Aquella osadía nacía en mí por una parte de mi insensibilidad por toda desgracia, y por otra de mi conocimiento de las opiniones de mi época: al mundo, tal como se halla hoy día, no se le importa un bledo del nombramiento de un papa, de las rivalidades de las coronas, ni de las intrigas del interior de un cónclave.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Confidencial.

«Roma 2 de abril de 1829.

»Señor conde: Tengo el honor de remitiros hoy los documentos importantes que os he anunciado. Es nada menos que el diario oficial y secreto del cónclave. Está traducido palabra por palabra del original italiano, y no he hecho desaparecer de él mas que lo que podía indicar con demasiada precisión las fuentes de donde he adquirido las noticias. Si se trasluciese la menor cosa de estas revelaciones, de que no hay ejemplo ninguno, costaría la fortuna, la libertad y quizá la vida á muchas personas. Esto sería tanto mas deplorable, cuanto que estas revelaciones no son debidas al interés ni á la corrupción, sino á la confianza en el honor francés. Este documento debe, pues, señor conde, permanecer secreto para siempre, despues de leído en el consejo del rey, porque á pesar de las precauciones que he tomado de suprimir los nombres y quitar las alusiones directas, todavia dice lo bastante para comprometer á sus autores. He añadido á él un comentario á fin de facilitar su lectura. El gobierno pontificio tiene la costumbre de llevar un registro, en donde anota día por día, y por decirlo así, hora por hora, sus decisiones, sus fases y sus actos. ¿Qué tesoro histórico si se pudiese registrar en él, remontando hácia los primeros siglos del pontificado! Se me ha franqueado un momento en cuanto á la época actual. El rey verá por los documentos que os trasmito lo que no se ha visto nunca; el interior de un cónclave; conocerá los sentimientos mas íntimos de la córte de Roma, y los ministros de S. M. no caminarán á oscuras.

»Excusándome cualquiera otra reflexion el comentario que he hecho del diario, no me queda mas que ofrecerros la nueva seguridad de la alta consideración con que tengo el honor, etc.»

El original italiano del precioso documento anunciado en este despacho confidencial fue quemado en Roma, á mi vista; no he conservado copia de la traducción de dicho documento que envié al ministerio, y solo poseo una copia del comentario ó de las observaciones añadidas por mí á aquella traducción. Pero la misma discreción que me hizo recomendar al ministro que conservara secreto para siempre el documento, me obliga á suprimir aquí mis propias obser-

vaciones; pues por grande que sea la oscuridad en que se hallen envueltas dichas observaciones, faltando el documento á que se refiere esa oscuridad seria luz en Roma todavía. Ahora bien, los resentimientos son muy duraderos en la ciudad eterna, y podría suceder que de aquí á cincuenta años fuesen á chocar con algun biznieto de los autores de la misteriosa confidencia. Me contentaré, pues, con dar una *reseña general* del contenido del comentario, insistiendo en algunos pasajes que tienen relacion directa con los asuntos de Francia.

Vese primeramente cómo la corte de Nápoles engañaba á Mr. de Blacas, ó se engañaba ella misma: porque mientras me enviaba á decir que los cardenales napolitanos votarian con nosotros, se reunian aquellos á la minoría ó á la faccion llamada de Cerdeña.

La minoría de cardenales se figuraba que la votacion de los cardenales franceses influiria sobre la *forma de nuestro gobierno*. ¿Y cómo? Indudablemente por las órdenes secretas de que se les suponía encargados y por su votacion en favor de un papa exaltado.

El nuncio Lambruschini aseguraba al cónclave, que el cardenal de Latil tenia el secreto del rey; todos los esfuerzos de la faccion tendian á hacer creer que Carlos X y su gobierno no estaban acordes.

El 13 de marzo anuncia el cardenal de Latil que tiene que hacer al cónclave una declaracion puramente de conciencia, y es enviado ante cuatro cardenales obispos, el acta de esta confesion secreta queda bajo la custodia del penitenciario mayor. Los demás cardenales franceses ignoran el asunto de esa confesion, y el cardenal Albani trata en vano de descubrirlo; el hecho es importante y curioso.

La minoría se compone de diez y seis votos compactos. Los cardenales de esa minoría se llaman los *Padres de la Cruz*, y ponen á su puerta una cruz de San Andrés, para anunciar que, decididos sobre su eleccion, no quieren comunicar con nadie. La mayoría del cónclave muestra sentimientos razonables y la firme resolucion de no mezclarse en nada de la política extranjera.

El acta extendida por el notario del cónclave es digna de ser notada: «Pio VIII, se dice en la conclusion, se ha decidido á nombrar al cardenal Albani secretario de Estado, á fin de satisfacer tambien al gabinete de Viena.» El soberano pontífice distribuye la suerte entre las dos coronas, declarándose papa de la Francia y dando al Austria la secretaría de Estado.

A Md. Recamier.

«Roma miércoles 8 de abril de 1829.

«He tenido hoy á comer á todo el cónclave. Mañana recibiré á la gran duquesa Elena. El mártir de Pascua doy un baile por haberse cerrado las sesiones, y en seguida pienso prepararme para ir á veros; juzgad de mi ansiedad; en el momento en que os escribo no he recibido aun noticias de mi correo á caballo anunciando la muerte del papa, y sin embargo, el papa esta ya coronado y Leon XII olvidado: he reanudado mis asuntos con el nuevo secretario de Estado, Albani; todo marcha como si nada hubiese pasado, y hasta ignoro si sabeis en París que hay ya nuevo pontífice. ¡Qué hermosa es la ceremonia de la bendicion pontifical! La Sabina en el horizonte, luego la campiña desierta de Roma, despues la misma Roma, en seguida la plaza de San Pedro, y por último, todo el pueblo prosternándose de rodillas bajo la mano de un anciano: el papa es el único príncipe que bendice á sus súbditos.»

«Miércoles Santo 15 de abril.

«Salgo de la capilla Sistina, despues de haber

asistido á las tinieblas y oido cantar el *Miserere*. Recordaba que me habeis hablado de esa ceremonia y esa circunstancia realizaba para mí su interés.

El día caminaba á su ocaso: las sombras invadian lentamente los frescos de la capilla, y solo se divisaban algunos grandes trazos del pincel de Miguel Angel. Los cirios, apagados sucesivamente, dejaban escapar de su luz extinguida un ligero humo blanco imágen bastante natural de la vida, que la Escritura compara á un *leve vapor*. Los cardenales estaban de rodillas, el nuevo papa prosternado en el altar mismo en donde algunos días antes había yo visto á su predecesor: la admirable oracion de penitencia y misericordia que había sucedido á las lamentaciones del profeta se eleva por intervalos en el silencio de la noche. Sentiamos como anonadado entre el gran misterio de un Dios que moria por borrar los crímenes de los hombres. La católica heredera, sobre sus siete colinas, estaba allí con todos sus recuerdos: pero en vez de aquellos pontífices poderosos, de aquellos cardenales que disputaban la preferencia á los monarcas, un pobre papa anciano, paralítico, sin familia y sin apoyo, unos principios de la Iglesia sin esplendor, anunciaban el fin de un poder que civilizó el mundo moderno. Las obras maestras de las artes desaparecian con él, borrándose de las paredes y de las bóvedas del Vaticano, palacio medio abandonado. Extranjeros curiosos, separados de la unidad de la Iglesia, asistian de paso á la ceremonia y reemplazaban á la comunión de los fieles. Una doble tristeza se apoderaba del corazón. Roma cristiana, al hacer conmeracion de la agonía de Jesucristo, parecia celebrar la suya propia y repetir para la nueva Jerusalem las palabras que Jeremias dirigia á la antigua. Hermosa cosa es Roma para olvidarlo todo, despreciarlo y morir.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 16 de abril de 1829.

«Señor conde: Las cosas se van desenvolviendo aquí en los términos en que os lo hacia presentir: las palabras y los actos del nuevo soberano pontífice están en perfecta armonía con el sistema pacificador seguido por Leon XII. Pio VIII va todavía mas lejos que su predecesor, expresándose con mas franqueza acerca de la carta, cuyo nombre no teme pronunciar, aconsejando al mismo tiempo á los franceses que sigan su espíritu. Habiendo el nuncio escrito nuevamente sobre nuestros asuntos, ha recibido secamente la orden de ocuparse de los suyos. Todo se arregla para el concordato de los Países-Bajos, y el conde de Celles pondrá fin á su mision en el mes próximo.

«El cardenal Albani, en una posicion difícil, se ve obligado á espiarle: las protestas que me hace de su adhesion á la Francia hieren al embajador de Austria, que no puede ocultar su mal humor. Bajo el aspecto religioso nada tenemos que temer del cardenal Albani: hombre este muy poco religioso, no será inducido á perturbarnos, ni por su propio fanatismo ni por las opiniones moderadas de su soberano.

«En cuanto al aspecto político, no será con una intriga de policía y una correspondencia en cifra con lo que se escamoteará hoy la Italia: dejar ocupar las legaciones ó poner guarnicion austriaca en Ancona bajo un pretexto cualquiera, sería conmover la Europa y declarar la guerra á la Francia, y no estamos ya en 1814, 1815, 1816 y 1817: ni se satisfacen impunemente á nuestra vista una ambicion ávida é injusta. Que el cardenal Albani tenga una pension del príncipe de Metternich; que sea pariente del duque de Módena, á quien piensa dejar su enorme fortuna; que trame con este príncipe un pequeño complot contra el heredero de la corona de Cerdeña; todo esto, es cierto, habria sido peligroso en la época en que los go-

biernos secretos y absolutos hacian marchar oscuramente soldados detrás de un oscuro despacho; pero hoy, con gobiernos públicos, con la libertad de la prensa y de la palabra, con el telégrafo y la rapidez de todas las comunicaciones, con el conocimiento de los negocios difundido entre las diversas clases de la sociedad, se está á cubierto de los juegos de cubilete y de las sutilezas de la antigua diplomacia. Sin embargo, no hay que perder de vista que un *encargado de negocios de Austria*, secretario de Estado en Roma, tiene inconvenientes: hasta hay ciertas notas (como, por ejemplo, las relativas al poder imperial en Italia) que no podrian ponerse en manos del cardenal Albani.

«Nadie ha podido penetrar todavía el secreto de un nombramiento que desagradó á todo el mundo, y hasta al gabinete de Viena. ¿Tendrá relacion esto con intereses extraños á la política? Se asegura que el cardenal Albani ofrece en este momento al padre santo adelantarle doscientos mil duros que el gobierno de Roma necesita: otros dicen que esa suma la prestaría un banquero austriaco. El cardenal Macchi me decía el sábado último que no queriendo su Santidad volver á tomar al cardenal Bernetti, y deseando, no obstante, darle un alto puesto, no había hallado otro medio de arreglar las cosas que dejar vacante la legacion de Bolonia. Miserables dificultades llegan con frecuencia á ser motivos de las mas importantes revoluciones. Si la version del cardenal Macchi es cierta, todo lo que dice y hace Pio VIII para *satisfaccion* de las coronas de Francia y Austria no sería mas que una razon aparente, por cuyo medio trataría de encubrir á sus propios ojos su debilidad. A mas de eso, nadie cree en la duracion del ministerio de Albani. Asi que se ponga en relaciones con los embajadores, surgirán dificultades por todas partes.

«En cuanto á la posicion de la Italia, señor conde, hay que leer con precaucion lo que os escribian de Nápoles ó de otras partes. Es por desgracia muy cierto que el gobierno de las Dos-Sicilias ha caído en el último grado de desprecio. El modo como vive la corte, en medio de sus guardias, temblando siempre, perseguida por los fantasmas del miedo, y no ofreciendo por todo espectáculo mas que ruinosas caerías y suplicios, contribuye mas y mas á envilecer el trono en aquel país. Pero se toman por *conspiraciones* lo que no es mas que el mal estar de todos, el producto del siglo, la lucha de la vieja sociedad con la nueva, el combate de la decrepitud de las viejas instituciones contra la energía de las generaciones nuevas; en una palabra, la comparacion que hace cada cual de lo que es con lo que podría ser. No nos lo ocultamos: el gran espectáculo de la Francia poderosa, libre y feliz, ese gran espectáculo que hiere la vista de las naciones que han quedado ó vuelto á caer bajo el yugo, excita sentimientos ó alimenta esperanzas. La mezcla de los gobiernos representativos y de las monarquías absolutas no puede ser durable: es preciso que unos ú otras parezcan, que la política recobre un nivel igual, lo mismo que en tiempo de la Europa gótica. La aduana de una frontera no puede separar ya la libertad de la esclavitud: un hombre no puede ser ya ahorcado de este lado de un arroyo por principios que se reputan como sagrados al otro lado del mismo arroyo. En este sentido, y solo en este sentido, señor conde, hay *conspiracion* en Italia, y en este sentido es tambien en el que la Italia es *francesa*. Desde el día en que entre en el goce de los derechos que su inteligencia columbra y que la marcha progresiva del tiempo le lleva, estará tranquila y será puramente italiana. No serán unos cuantos pobres diablos de *carbonarios* excitados por manejos de policía y ahorcados sin misericordia los que sublevarán este país. Se da á los gobiernos las ideas mal falsas de las cosas; se les impide hacer lo que deberían hacer por su seguridad, mos-

trándoles siempre como conspiraciones particulares de un puñado de jacobinos lo que es efecto de una causa permanente y general.

Tal es, señor conde, la situacion verdadera de la Italia. Cada uno de sus Estados, además del trabajo comun de los ánimos, se halla atormentado por alguna enfermedad local; el Piemonte está entregado á una faccion; el Milanesado está devorado por los austriacos; los dominios del santo padre se hallan arruinados por la mala administracion de la hacienda; las contribuciones suben á cerca de cincuenta millones y no dejan al propietario el uno por ciento de sus rentas; las aduanas no producen casi nada; el contrabando es general; el príncipe de Módena ha establecido en su ducado (lugar de franquicia para todos los antiguos abusos) almacenes de géneros prohibidos, y hace entrar estos por las noches en la legacion de Bolonia.

«Ya os he hablado de Nápoles, señor conde, en donde la debilidad del gobierno solo se salva por la cobardía de las poblaciones.

«Esta ausencia del valor militar es lo que prolongará la agonía de Italia. Bonaparte no tuvo tiempo para hacer revivir ese valor en la patria de Mario y de César. Los hábitos de una vida ociosa y la dulzura del clima contribuyen tambien á quitar á los italianos del Mediodía el deseo de agitarse para estar mejor. Las antipatías nacidas de las divisiones territoriales aumentan las dificultades de un movimiento interior; pero si de fuera viniese algun impulso ó si algun príncipe del lado acá de los Alpes otorgase una Carta á sus súbditos, tendria lugar una revolucion, porque todo está madurado para ello. Mas felices los pueblos que nosotros, ó instruidos por nuestra experiencia, economizarian los crímenes y las desgracias de que tan pródigos hemos sido.

«Espero, señor conde, recibir pronto la licencia que os he pedido: tal vez haré uso de ella. En el momento, pues, de dejar la Italia, he creído deber someter á vuestra consideracion algunas observaciones generales para fijar las ideas del consejo del rey y á fin de tenerle prevenido contra los informes de talentos limitados ó de pasiones ciegas.

«Tengo el honor, etc.»

Al conde de Portalis

«Roma 16 de abril de 1829.

«Señor conde: Los cardenales franceses desean saber qué suma se les abonará por sus gastos y su permanencia en Roma: me han rogado muchas veces que os escriba sobre el particular; de consiguiente os estaré infinitamente obligado si me instruis lo mas pronto posible de la decision del rey.

«Por lo que á mí hace, señor conde, cuando tuvisteis á bien concederme un subsidio de treinta mil francos, no supisteis que se alojase en mi casa ningun cardenal; pero Mr. de Clermont-Tonnerre se ha establecido en ella con toda su comitiva, compuesta de dos conclavistas, un secretario eclesiástico, un secretario seglar, un ayuda de cámara, dos criados y un cocinero francés, y por último, de un mayordomo romano, un maestre-sala, tres lacayos, un cochero, y todo ese tren italiano que un cardenal se ve obligado á tener aquí. El arzobispo de Tolosa, que no puede andar, no come á mi mesa, y se necesitan dos ó tres comidas á diferentes horas, carruajes y caballos para los comensales y amigos. Mi respetable huésped no pagará seguramente sus gastos aquí; se marchará, y solo me quedarán sus cuentas; tendré que pagar, no solo las del cocinero, lavandera, alquilador de carruajes, etc., etc., sino tambien la de los cirujanos que curan la pierna de monseñor, del zapatero que hace sus zapatillas blancas y encarnadas, y del sastre que ha *confeccionado* los manteos, las sotanas, los cuellos, el traje completo del cardenal y sus eclesiásticos.

«Si unis á esto, señor conde, mis dispendios extraordinarios por gastos de representación antes, durante y después del cóncave, dispendios aumentados por la presencia de la gran duquesa Elena, del príncipe Pablo de Wurtemberg y del rey de Baviera, encontréis sin duda que los treinta mil francos que me habeis concedido están gastados con creces. El primer año del establecimiento de un embajador es ruinoso, siendo inferiores á las necesidades los subsidios destinados al objeto. Se necesitan casi tres años de permanencia para que un agente diplomático pueda encontrar el medio de satisfacer las deudas contraídas antes y ponga sus gastos al nivel de sus ingresos. Conozco toda la penuria del presupuesto del ministerio de Negocios Extranjeros: si tuviese por mí mismo alguna fortuna, no os importaría: os aseguro que no hay cosa que mas me repugne que estos detalles de dinero, en los que una rigurosa necesidad me obliga á entrar bien á pesar mío.

«Recibid, señor conde, etc.»

FIESTA DE LA VILLA MÉDICIS POR LA GRAN DUQUESA ELENA.

Yo habia dado bailes y reuniones en Londres y en París, y aunque hijo de otro desierto, no atravesé del todo mal aquellas nuevas soledades; pero no habia sospechado lo que podian ser las fiestas en Roma: estas tienen algo de la poesía antigua, que coloca la muerte al lado de los placeres. En la villa Médicis, cuyos jardines son ya un adorno, y en donde recibí á la gran duquesa Elena, la perspectiva es magnífica: por un lado la villa Borghèse, con la casa de Rafael; por otro la villa de Monte-Maria y los sotos que costean el Tiber; por bajo del espectador Roma entera, como un antiguo nido de águilas abandonado. En medio de los bosquecillos se cruzaban con las descendientes de las Paulas y las Cornelias las bellezas llegadas de Nápoles, Florencia y Milán: la princesa Elena parecia su reina. Bajando Boreas de repente de la montaña, desgarró la tienda del festín, y huyó con pedazos de lienzo y de guirnalda, como para darnos una idea de todo lo que el tiempo ha barrido sobre aquella orilla. La embajada estaba consternada, y yo experimentaba cierta alegría irónica al ver que un soplo del cielo se llevaba mi oro de un día y mis goces de una hora. El mal fue prontamente reparado: en vez de almorzar en el terrado, almorzamos en el elegante palacio: la armonía de las trompas y de los oboes, dispersada por el viento, tenia algo del murmullo de mis selvas americanas. Los grupos que se regocijaban en los vendabales; las mujeres cuyos velos sacudidos azotaban sus rostros y sus cabellos; el saltarello que continuaba con el temporal; la improvisadora que declamaba á las nubes; el globo que subia oblicuamente con la cifra de la hija del Norte; todo esto daba un carácter nuevo á aquellos juegos á que parecian mezclarse las tempestades ordinarias de mi vida.

¿Qué prestigio para cualquier hombre que no hubiese contado su porción de años, y hubiese pedido ilusiones al mundo y á la tempestad! Trabajo me cuesta á mí acordarme de mi otoño cuando en mis reuniones veo pasar delante de mí esas mujeres de la primavera que giran entre las flores, los conciertos y las arañas de mis continuadas galerías: parecen cisnes que nadan hácia climas radiantes. ¿A dónde van? Unas buscan lo que ya han amado; otras lo que no aman todavía. Al fin del camino caerán en estos sepulcros abiertos siempre aquí, en estos antiguos sarcófagos que sirven de taza á fuentes suspendidas en pórticos, é irán á aumentar tantas cenizas leves y encantadoras. Aquellas olas de bellezas, diamantes, flores y plumas se agitan al sonido de la música de Rossini, que se repite y debilita de orquesta en orquesta. ¿Es esa melodía el suspiro de la brisa que yo oía en las sábanas

de las Floridas, el gemido que oí en el templo de Erecteo en Atenas? ¿Es la queja lejana de los aquilones que me mecian en el Océano? ¿Estaria oculta mi silfide bajo la forma de algunas de aquellas brillantes italianas? No: mi driada ha permanecido unida al sauce de las praderas, en donde yo hablaba con ella al otro lado del bosque de Comboung. Soy bien extraño á esos regocijos de la sociedad que sigue mis pasos hácia el término de mi carrera; y sin embargo, hay en esta vision una especie de embriaguez que me sube á la cabeza, y de la que solo puedo librarme yendo á refrescar mi frente á la plaza solitaria de San Pedro ó al Coliseo desierto. Entonces los pequeños espectáculos de la tierra se hundén, y nada encuentro igual al brusco cambio de la escena que las antiguas tristezas de mis primeros días.

MIS RELACIONES CON LA FAMILIA BONAPARTE.

Voy á consignar aquí ahora mis relaciones como embajador con la familia Bonaparte, á fin de vindicar á la restauración de una de esas calumnias que se le echan en cara.

La Francia no ha obrado sola en el destierro de los miembros de la familia imperial; no ha hecho mas que obedecer á la dura necesidad impuesta por la ley de las armas: los aliados fueron los que provocaron ese destierro. Convenios diplomáticos, tratados formales pronunciaron el destierro de los Bonapartes, les prescribieron hasta los sitios en donde deben habitar, y no permitieron á un ministro ó á un embajador de las cinco potencias dar por sí solo un pasaporte á los parientes de Napoleon, sino que se exigió el visto bueno de los otros cuatro ministros ó embajadores. ¡Tanto asustaba á los aliados aquella sangre de Napoleon, aun cuando no corriese por sus propias venas!

A Dios gracias, jamás me he sometido á esas medidas. En 1823, sin consultar á nadie, á despecho de los tratados y bajo mi propia responsabilidad, como ministro de Negocios Extranjeros, di un pasaporte á la condesa de Survilleers, á la sazón en Bruselas, para venir á París á cuidar á uno de sus parientes que estaba enfermo. Veinte veces he pedido la revocación de esas leyes de persecución: veinte veces he dicho á Luis XVIII que querría ver al duque de Reichstadt capitán de sus guardias, y la estatua de Napoleon otra vez en lo alto de la columna de la plaza de Vendome. Como ministro y como embajador he prestado todos los servicios que he podido á la familia Bonaparte. Asi es como yo he comprendido ámpliamente la monarquía legítima: la libertad puede mirar la gloria de frente. Embajador en Roma, autoricé á mis secretarios y agregados para presentarse en el palacio de la duquesa de Saint-Leu, é hice desaparecer la separación establecida entre franceses que conocieron igualmente la adversidad. Escribí al cardenal Fesch invitándole á unirse á los cardenales que debian reunirse en mi casa; le manifesté mi pesar por las medidas políticas que se habia creído deber tomar; le recordé la época en que yo habia formado parte en su misión cerca de la Santa Sede, y rogué á mi antiguo embajador que honrase con su presencia el banquete de su antiguo secretario de embajada. Recibí de él esta respuesta, llena de dignidad, discreción y decoro.

«Palacio Falconieri 4 de mayo de 1829.

«El cardenal Fesch se muestra altamente reconocido á la obsequiosa invitación de Mr. de Chateaubriand; pero su posición á su regreso á Roma le aconsejó abandonar el mundo y hacer una vida separada de cualquiera otra sociedad extraña á su familia. Las circunstancias que se siguieron le demostraron que semejante partido era indispensable para su tranquilidad,

idad, y no garantizándole las dulzuras del momento de los sinsabores del porvenir, se ve obligado á no mudar de modo de vivir. El cardenal Fesch ruega á Mr. de Chateaubriand que esté convencido de que nada iguala á su reconocimiento y de que con tanto sentimiento no irá á casa de S. E. con la frecuencia que desearia.

«El humildísimo etc.

«CARDENAL FESCH.»

La frase del anterior billete *no garantizándole las dulzuras del momento de los sinsabores del porvenir*, hace alusión á la amenaza de Mr. de Blacas, que habia dado orden de arrojar al cardenal Fesch por la escalera abajo si se presentaba en la embajada de Francia. Monsieur de Blacas olvidaba demasiado que no siempre habia sido tan gran señor. Yo, que para ser, no lo que puedo, lo que debo ser en la actualidad, me recuerdo sin cesar mi pasado, he procedido de distinta manera con el arzobispo de Lyon; las pequeñas diferencias que existieron en otro tiempo entre él y yo en Roma me obligaron á miramientos tanto mas respetuosos, cuanto que me hallo á mi vez en el partido triunfante y él en el partido caído.

Por su parte, el príncipe Gerónimo me hizo el honor de reclamar mi intervención, enviándome copia de una exposición que dirigió al cardenal secretario de Estado. Me dice en su carta:

«El destierro es bastante horrible en su principio como en sus consecuencias para que esa generosa Francia, que lo ha visto nacer (al príncipe Gerónimo); esa Francia, que posee todas sus afecciones, y á quien ha servido por espacio de veinte años, quiera agravar su situación permitiendo á cada gobierno abusar de lo delicado de su situación.

«El príncipe Gerónimo de Montfort, confiando en la lealtad del gobierno francés y en el carácter de su noble representante, no vacila en juzgar que se le hará justicia.

«Aprovecho esta ocasión, etc.

«GERÓNIMO.»

A consecuencia de esta invitación envié una nota confidencial al secretario de Estado, el cardenal Bernetti, que termina con estas palabras:

«Habiéndole parecido al infrascrito fundados en derecho y en razón los motivos expuestos por el príncipe Gerónimo de Montfort, no ha podido rehusar la intervención de sus buenos oficios al reclamante, persuadido de que el gobierno francés verá siempre con sentimiento agravar con medidas suspicaces el rigor de las leyes políticas.

«El infrascrito daría un valor especial á obtener en esta circunstancia el poderoso interés de S. E. el cardenal secretario de Estado.

«CHATEAUBRIAND.»

Al mismo tiempo contesté al príncipe Gerónimo lo siguiente:

«Roma 9 de mayo de 1829.

«El embajador de Francia cerca de la Santa Sede ha recibido copia de la nota que el príncipe Gerónimo de Montfort le ha hecho el honor de enviar, y apresurándose á darle gracias por la confianza que se ha dignado manifestarle, considerará como un deber el apoyar cerca del secretario de Estado de Su Santidad las justas reclamaciones de su alteza.

«El vizconde de Chateaubriand, que ha estado también desterrado de su patria, se tendria por muy dichoso en poder suavizar la suerte de los franceses que se hallan bajo la severidad de una ley política. El hermano desterrado de Napoleon, dirigiéndose á un emi-

grado borrado en otro tiempo de la lista de los proscripciones por el mismo Napoleon, es uno de esos juegos de la fortuna que debia tener por testigo las ruinas de Roma.

«El vizconde de Chateaubriand tiene el honor, etc.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 4 de mayo de 1829.

«He tenido el honor de deciros en mi carta de 30 de abril, acusando el recibo de vuestro despacho número 25, que el papa me habia recibido en audiencia particular el 29 de abril á las doce del día. Me ha parecido que Su Santidad goza de completa salud; me hizo sentar á su presencia, y me retuvo sobre unos cinco cuartos de hora. El embajador de Austria habia tenido antes que yo una audiencia pública para entregar sus nuevas credenciales.

«Al salir del despacho de Su Santidad en el Vaticano bajé á casa del secretario de Estado, y abordando francamente la cuestión, le dije:—«Vamos, ya veis cómo os tratan nuestros periódicos: *sois austriaco; detestais á la Francia*; queréis jugarle malas pasadas... ¿qué debo pensar de todo eso?»

«Encogióse de hombros, y me respondió:—«Vuestros periódicos me hacen reír; no puedo convencerlos con mis palabras, si no estais convencido; pero ponedme á prueba, y vereis si no amo á Francia y si no hago lo que me pidais en nombre de vuestro rey.» Greo sincero al cardenal Albani, señor conde; tiene una profunda indiferencia en asuntos religiosos; no es sacerdote, y hasta ha pensado en dejar la púrpura, y casarse: no quiere á los jesuitas, porque le incomodan con el ruido que hacen; es perezoso, gloton y muy amante de toda clase de placeres: el tedio que le inspiran los despachos y las cartas pastorales le hacen muy poco favorable á la causa de los autores de aquellas cartas y aquellos despachos: este anciano de ochenta años quiere morir en paz y gozando.

«Tengo el honor, etc.»

PIO VII.

10 de mayo de 1829.

Visito con frecuencia el Monte-Cavallo: la soledad de sus jardines se aumenta con la soledad de la campiña romana que la vista va á buscar por encima de Roma subiéndola orilla derecha del Tiber. Los jardineros son amigos míos: varias arboledas conducen á la Panetería; pobre alquería cuyos habitantes son indigentes y pacíficos como los papas actuales. Mirando abajo desde lo alto de los terrados del recinto Quirinal, se divisan en una calle estrecha mujeres que trabajan en las ventanas de los diferentes pisos: las unas bordan y las otras cardan en el silencio de aquel barrio retirado. Las celdas de los cardenales del último cóncave no me excitan el menor interés. Cuando estaba edificándose San Pedro, y se encargaban obras maestras á Rafael, y los reyes venian al mismo tiempo á besar la sandalia del pontífice, habia algo digno de atención en el pontificado temporal. Veria con gusto el alojamiento de un Gregorio VII, de un Sixto V, como buscaria la fosa de los Leones en Babilonia; pero oscuros agujeros abandonados de una oscura compañía de septuagenarios solo me representan aquellos *colombarii* de la antigua Roma, vacíos hoy de sus cenizas y de donde ha volado una familia de muertos.

Paso, pues, rápidamente de las celdas ya medio derruidas para pasearme en los salones del palacio: allí todo me habla de un suceso de que no se halla vestigio sino remontando hasta Sciarra Colonna, Nogaret y Bonifacio VIII.

Mi primero y mi último viaje á Roma se entrelazan por recuerdos de Pio VII, cuya historia he referido al

hablar de Mad. de Beaumont y de Bonaparte. Mis dos viajes son dos pechinas diseñadas bajo la bóveda de mi monumento. Mi fidelidad á la memoria de mis antiguos amigos debe inspirar confianza á los que aun me quedan: nada desciende para mí á la tumba: todo lo que he conocido vive á mi alrededor: segun la doctrina india, la muerte, al tocarnos, no nos destruye, sino solo nos hace invisibles.

Al conde de Portalis.

Roma 7 de mayo de 1829.

» Señor conde: Recibo al fin por medio de monsieur Desgranges y Franqueville vuestro despacho número 25. Este despacho, redactado por algun escribiente de poca educacion del ministerio de Negocios Extranjeros, no era el que debia aguardar despues de los servicios que habia tenido la dicha de prestar al rey durante el cónclave; y sobre todo, hubiera debido tenerse un tanto en cuenta la persona á quien iba dirigido. Ni una palabra atenta para Mr. Bellocq, que ha obtenido tan escasos documentos; nada sobre la peticion que hacia yo en su favor; inútiles comentarios sobre el nombramiento del cardenal Albani; nombramiento hecho en el cónclave, y que de consiguiente nadie pudo prever ni evitar; nombramiento sobre el cual no he cesado de enviar aclaraciones. En mi despacho número 34, que sin duda habreis recibido ya, os presento todavía un medio muy sencillo de desembarazaros de ese cardenal, si tanto es el miedo que infunde á la Francia; y ese medio estará ya gran parte ejecutado cuando recibais esta carta: mañana me despido de Su Santidad, entrego mi embajada á Mr. Bellocq, como encargado de negocios, con arreglo á las instrucciones de vuestro despacho núm. 24, y marchó á París.

»Tengo el honor, etc.»

Este último billete es agrio, y termina bruscamente mi correspondencia con Mr. de Portalis.

A Mad. Recamier.

14 de mayo de 1829.

» Mi marcha está fijada para el 16. Cartas de Viena recibidas esta mañana anuncian que Mr. de Laval ha rehusado el ministerio de Negocios Extranjeros: ¿ será esto cierto? Si se atiene á esta primer renuncia, ¿ qué sucederá? Dios lo sabe. Espero que todo quede resuelto antes de mi llegada á París. Se me figura que estamos atacados de parálisis, y que solo tenemos libre la lengua.

» ¿ Creéis que yo llegaría á entenderme con Mr. de Laval? Lo dudo. Estoy dispuesto á no entenderme con nadie. Iba á llegar con las disposiciones mas pacíficas, y esa gente se empeña en suscitarme rencillas. Mientras tuve probabilidades de ser ministro, no habia bastantes elogios ni lisonjas para mí en los despachos: el día en que la plaza fue ocupada, ó se ha creído ocupada al menos, me anuncian secamente el nombramiento de Mr. de Laval en el despacho mas impolítico y necio á la vez; pero para ser tan chavacano é insolente de un correo á otro, era preciso tener un tanto en cuenta la persona á quien se escribía, y Mr. de Portalis habrá caído en ello por unas cuantas palabras que le envié en respuesta estos últimos días. Es muy posible que no haya hecho mas que firmar sin leer, como Carnot firmaba, por confianza, centenares de ejecuciones de muerte.»

PRESUNCION.

El amigo del gran L'hospital, el canceller Olivier, en su lengua del siglo xvi, que desafiaba á la honradez, compara á los franceses con las monjas que ga-

tean á la cima de los árboles y no cesan de subir hasta que han llegado á la rama mas alta, para enseñar lo que deben ocultar. Lo que ha pasado en Francia desde 1789 hasta nuestros días prueba la exactitud del simil: cada hombre, al subir hacia la cima de su vida, es tambien el mono del canceller, y concluye por exponer sin reparo sus debilidades á los transeuntes. Al término de mis despachos me siento acometido del deseo de gloriarme: los grandes hombres que pululan en la actualidad demuestran que hay engaño en no proclamar uno mismo su inmortalidad.

¿ Habéis leído en los archivos del ministerio de negocios Extranjeros las correspondencias diplomáticas relativas á los sucesos mas importantes en la época de esos sucesos? — No.

¿ Habéis leído, al menos, las correspondencias impresas? ¿ Conocéis las negociaciones de Du Bellay, de E'Ossat, de Du Perron, del presidente Jeannin, las memorias de Estado de Villeroy, las economías reales de Sully? ¿ Habéis leído las memorias del cardenal de Richelieu, una porcion de cartas de Mazarino, los documentos relativos al tratado de Westfalia, á la paz de Munster? ¿ Conocéis los despachos de Barillon sobre los asuntos de Inglaterra? ¿ No os son extrañas las negociaciones para la sucesion de España, ni desconocido el nombre de la princesa de los Ursinos? ¿ Habéis pasado la vista por el pacto de Mr. de Choiseul, y conocéis á Jimenez, Olivares y Pombal, á Hugo Grocio sobre la libertad de los mares, sus cartas á los dos Oxenstiern, las negociaciones del gran pensionario de Witt con Pedro Grocio, hijo segundo de Hugo, y por último, la coleccion de los tratados diplomáticos? — No.

¿ De modo que nada habéis leído de esas sempiternas elucubraciones? Pues bien, leedlas, y cuando lo hayais hecho, recorred mi guerra de España, cuyo éxito os incomoda, no obstante ser el primer título para contarme entre los hombres de Estado; tomad mis despachos de Prusia, de Inglaterra y de Roma, y ponellos al lado de los otros despachos que os indico; entonces, con la mano sobre la conciencia, decid cuáles son los que os incomodan mas; si mis trabajos y los de mis antecesores no son en un todo semejantes, y si la inteligencia de las cosas pequeñas y de lo positivo no se halla tan manifiesta por mi parte como por la de los ministros pasados y de los difuntos embajadores.

En primer lugar notareis que todo lo abarco; que me ocupo de Reschid-baja y de Mr. de Blacas; que defiendo contra todo el mundo mis privilegios y mis derechos de embajador de Roma; que soy cauteloso, falso (cualidad eminente), fino, hasta el punto de que habiéndome escrito Mr. de Funchal en una posicion equívoca, no le respondí, y fuí á verle por una política astuta, á fin de que no pueda enseñar una línea mia, y quede, sin embargo, satisfecho. Ni una palabra imprudente puede reprendérsese en mis conversaciones con los cardenales Bernetti y Albani, los dos secretarios de Estado; nada se me escapaba; desciendo hasta las mas pequeñas minuciosidades, y restablezo la contabilidad en los asuntos de los franceses en Roma de un modo tal, que todavía subsiste sobre las mismas bases que puse. Con una mirada de águila noto que el tratado de la Trinidad del Monte entre la Santa Sede y los embajadores Laval y Blacas es abusivo, y que ninguna de las dos partes habia tenido derecho para hacerlo. Subiendo desde allí mas arriba, y llegando á la alta diplomacia, tomo sobre mi responsabilidad dar la exclusion á un cardenal, porque un ministro de Negocios Extranjeros me tenia sin instrucciones, y me exponía á ver nombrar papa á una hechura del Austria. Me procuró el diario secreto del cónclave, cosa que ningun embajador habia podido obtener nunca, y envié dia por dia la lista nominal de los escrutinios. No descuido la familia de Bona-

parte, y no desespero de inducir con ciertas atenciones al cardenal Fesch á dar su dimision del arzobispado de Lyon. Si se mueve algun carbonario, al punto lo sé, y juzgo de la mayor ó menor verdad de la conspiracion: si algun eclesiástico intriga, lo sé, y frustro los planes que se habian fraguado para alejar á los cardenales del embajador de Francia. Por último, descubro que el cardenal Latil deposita un secreto importante en el seno del penitenciario mayor. ¿ Estais satisfecho? ¿ Es hombre ese que sabe su oficio? Pues bien, yo hacia todo ese trabajo diplomático como cualquier embajador que viniera, sin que me costase una sola idea, lo mismo que un aldeano de la baja Normandía hace zapatos mientras guarda su rebaño: mi rebaño eran mis sueños.

Considérese ahora bajo otro punto de vista: si se comparan mis cartas oficiales con las cartas oficiales de mis predecesores, se verá que en las mías se tratan

tanto los asuntos generales como los particulares; que me veo arrastrado por el carácter de las ideas de mi siglo á una region mas elevada del espíritu humano. Esto puede notarse especialmente en el despacho en que hablo á Mr. de Portalis del estado de la Italia, en donde muestro el desprecio de los gabinetes que miran como conspiraciones particulares lo que no es mas que el desarrollo de la civilizacion. La *Memoria sobre la guerra de Oriente* expone tambien verdades de un órden político que salen de las vías comunes. He hablado con dos papas de otras cosas que de intrigas de gabinete, obligándoles á hablar conmigo de religion, de libertad, de los destinos futuros del mundo. Mi discurso pronunciado al pos-tigo del cónclave tiene el mismo carácter. Me atreví á decir á hombres ancianos que avanzasen y pusieran la religion al frente de la marcha de la sociedad.



VISTA DE ROMA.

Lectores, aguardad á que haya terminado mis elogios para llegar despues al objeto, á la manera del filósofo Platon, dando vueltas á su idea. He venido á ser el anciano Sidrac; la edad me alarga el camino. Muchos escritores de nuestros días tienen la manía de desdeñar su talento literario por seguir su talento político, estimándole en mucho mas que al primero. A Dios gracias, me domina el instinto contrario, y hago poco caso de la política, por la misma razon de haber sido afortunado en este juego. Para ser hombre superior en negocios no hay que tratar de adquirir cualidades, sino de perderlas. Yo reconozco en mí

descaradamente la aptitud para las cosas positivas, sin hacerme la menor ilusion sobre el obstáculo que en mí se opone á un éxito completo. Ese obstáculo no proviene de la musa, sino de mi indiferencia por todo. Con este defecto es imposible hacer nada completo en la vida práctica.

La indiferencia, lo confieso, es una cualidad de hombres de Estado; pero de hombres de Estado sin conciencia. Hay que saber mirar cualquier suceso con ojos enjutos; tragar culebras como si fuesen malvasia; no hacer caso con respecto á los demás de moral, justicia ni padecimientos, con tal de que en-